

*Los Cien Mil Hijos
de San Luis*

El ocaso del primer impulso liberal en España

Emilio La Parra



Índice

Introducción	9
Con el auxilio del Dios de San Luis	15
El cañonazo del Bidasoa	15
Los ejércitos	22
Desconcierto de los liberales	27
Turbulencia institucional	31
Las disensiones del realismo	37
El camino hacia Madrid	48
Europa y la cuestión española	57
El principio monárquico y la agitación de los años veinte	57
El problema de España	64
Realistas o facciosos	71
La maquinaria contrarrevolucionaria	79
El complot del 7 de julio	89
Antes el zar que el rey de Francia	104
El Congreso de Verona	108

<i>“Viva el Rey y la religión”</i>	119
Indiferentes y descontentos	119
Guerrilleros	128
Razones para tomar las armas	138
El Ejército de la Fe	150
La Regencia absolutista	155
Enredos diplomáticos	163
El recuerdo de Luis XVI	167
Trono y altar	175
<i>“Constitución o muerte”</i>	183
Anilleros, masones y comuneros	183
De Madrid a Sevilla	194
¿Está loco el rey?	204
Compenendas con el invasor	217
La movilización popular. El himno de Riego	233
El héroe	241
<i>España sin Constitución</i>	251
De la ley a la acción popular	251
El fracaso humanitario de Angulema	257
Cádiz de nuevo	266
Capitulación del constitucionalismo	275
La vuelta del “rey neto”	287
La ocupación francesa	294
Ultras y fernandinos	302

<i>La suerte de los liberales</i>	313
La moderación imposible	313
El Estado represor	322
El destino del héroe	329
El exilio	335
Bajo la protección francesa	341
El fiasco de la amnistía	348
<i>Ocaso del primer liberalismo</i>	357
<i>Cronología</i>	363
<i>Siglas</i>	371
<i>Fuentes y bibliografía</i>	373
<i>Índice onomástico</i>	389

Introducción

El 7 de abril de 1823, soldados franceses atravesaron el Bidasoa, a la altura de Behobia, por un puente de barcas tendido el día anterior, pues el histórico de piedra había sido destruido durante la Guerra de la Independencia. Otras tropas entraban al mismo tiempo en Navarra por Roncesvalles y unos días más tarde lo hizo el resto del Ejército de los Pirineos por Cataluña. En todos los casos, españoles enrolados en la guerrilla realista acompañaban a los franceses. La invasión extranjera anunciada meses antes, acababa de producirse.

“Las tropas francesas se lanzaron desde lo alto de los Pirineos a su manera, es decir, como torrentes” escribió años después François de Chateaubriand en un extenso e interesado relato sobre el que, en sus *Memorias de ultratumba*, calificó de “el gran acontecimiento político de mi vida” y “empresa gigantesca”. El excelente escritor y discutido político quiso imprimir tono épico a una campaña militar carente de combates grandiosos y poco pródiga en acciones heroicas. A falta de llamativos hechos de armas, la monarquía francesa elevó a rango de epopeya la toma del fuerte del Trocadero, en la bahía de Cádiz. La acción, ocurrida el 31 de agosto de 1823, fue de las más señaladas de esta guerra, pero estuvo lejos

de alcanzar la dimensión de las grandes batallas libradas en la Península por el ejército de Napoleón diez años antes. Chateaubriand, sin embargo, la presentó como gesta histórica: “Allí volvió a brillar aquella intrepidez francesa de que hace poco han vuelto a ser testigos los muros de Constantino: con tales tropas no hay que admirarse de que la Francia se empeñe en salir del estado en que la dejó la batalla de Waterloo. S. A. R. [el duque de Angulema] manifestó en aquella ocasión un valor que entregó, por así decirlo, a su ejército aquella España entera que resistió a la gloria y al genio de Napoleón” (Chateaubriand, 1945: 409; 1973: 550).

Donde había fracasado el usurpador del trono de Francia, triunfaba el monarca legítimo de la Casa de Borbón. Tan grandiosa era la hazaña, que debía quedar grabada en la memoria de los franceses. Si Napoleón levantó una columna en la plaza Vendôme de París con los cañones tomados en Austerlitz y dejó constancia de sus triunfos en Europa en el arco de Carrousel, destinado a servir de entrada al palacio real de las Tullerías, la monarquía restaurada de Francia no podía quedar a la zaga y, con toda intención, se eligieron lugares emblemáticos del tiempo napoleónico para fijar el recuerdo del triunfo en España del duque de Angulema.

El 9 de octubre de 1823 –aún no había finalizado la “Guerra de España”– dispuso Luis XVIII: “Deseando perpetuar el recuerdo del coraje y disciplina de que acaba de dar tantas pruebas el Ejército de los Pirineos en España, hemos ordenado y ordenamos que inmediatamente sea terminado el Arco de Triunfo de la Estrella”. El lugar estaba cargado de significado. El arco que preside la avenida de los Campos Elíseos de París había sido concebido en 1806 por Napoleón como homenaje al ejército francés, a su ejército, pero las grandes dificultades arquitectónicas y la caída del imperio lo habían dejado inconcluso. Aunque solemne, tampoco la citada orden de Luis XVIII logró su objetivo y hubo que esperar más de un decenio para que otro monarca, Luis Felipe de Orleans, concluyera las obras, atribuyendo al arco su finalidad inicial: el recuerdo de los triunfos napoleónicos.

Algo similar ocurrió con otro descomunal proyecto en memoria del triunfo en España, ideado esta vez por el sucesor de Luis XVIII, su her-

mano Carlos X. El 31 de agosto de 1826, tercer aniversario de la toma del Trocadero, se colocó la primera piedra de un monumento que había de tener más de 30 metros de altura, coronado por una cuadriga al estilo de la del arco de Carrousel. Sobre un friso figuraría una dedicatoria al duque de Angulema, “cuyo nombre, virtudes y gloria quedan inscritos para siempre en el templo de la memoria”. Cinco nichos albergarían estatuas alegóricas de las principales ciudades españolas “liberadas” por el duque: Madrid, Barcelona, Valencia, La Coruña y Cádiz, y cuatro bajorrelieves ilustrarían la conducta intachable de Angulema durante la campaña (Cartron, 1996: 192). El acto inaugural fue aparatoso y teatral. Se construyó en cartón piedra una réplica del fuerte del Trocadero. Lo defendían unos soldados que figuraban ser españoles y lo tomaban otros, los franceses, con ardor y heroísmo, entre fuegos artificiales y aclamaciones del público.

El proyectado y nunca concluido monumento estaba ubicado en un lugar por demás significativo: la colina de Chaillot, donde Napoleón planeó construir un palacio para su hijo, el rey de Roma. A mediados del siglo XIX este lugar experimentó una notable remodelación y en 1877 recibió el nombre de “Plaza del Trocadero”, conocida hoy en todo el mundo porque su estación de metro sirve a los turistas de punto de partida para la visita de la torre Eiffel. Presidida desde 1951 por una estatua del mariscal Foch, héroe de la Primera Guerra Mundial, no queda, salvo el nombre, ningún vestigio en la plaza de aquella hazaña que Carlos X pretendió perpetuar en la memoria.

A finales de 1823 la palabra “Trocadero” alcanzó inusitada popularidad entre los franceses. Multitud de lugares y objetos llevaron este nombre, desde una sala de fiestas en el Ayuntamiento de París o un jardín en el palacio de Saint-Cloud —una de las residencias preferidas de Napoleón— a una cinta ornamental de tela o un juguete. En 1825 se rotuló así una céntrica calle de París, antes llamada “rue Dauphin”, en honor del heredero al trono de Francia. “Trocadero” fue el símbolo de la recuperación del honor y de la gloria de la monarquía borbónica francesa y pasó a ser la expresión de una campaña militar victoriosa considerada como el triunfo